

en todas las que no tienen entre sí ninguna comunión. De ese modo será necesario, aunque se vea alguna bestia venenosa y carnívora, juzgar lo que se ve como algo del mismo género y semejante al que viere; ni mirar la cicuta como una cosa extraña a su naturaleza, ya que aun en las plantas se ve la naturaleza humana; y hasta no carecerá de tal sospecha acerca del mismo racimo de uva que se produce para uso de la vida, pues también el racimo es del género de las semillas, de los árboles y de las plantas que nacen y provienen de la tierra; también las semillas son para nosotros frutos de las espigas que nos nutren.

¿Cómo entonces aproximará la hoz para cortar las espigas? ¿Cómo exprimirá el racimo, o del campo sacará la espina, o cogerá la flor, o castrará las aves, o con la leña encenderá el fuego, siendo incierto si se aplicarán las manos a los consanguíneos, a los parientes o a los paisanos y si con el mismo cuerpo de ellos se encenderá el fuego, o se templará el vaso o se preparará el alimento?

Pues si alguien cree que el alma humana mediante alguna de esas cosas se convierte en planta o en animal y no se pusiese ninguna señal que indique qué planta o animal se hace del hombre y cuál se ha hecho de otra manera, hacia todas las cosas y de idéntica manera estará afectado y animado el que hubiese llegado a esa persuasión, como también necesariamente o se volverá áspero y fiero para con los hombres que viven en el mundo o, así como por naturaleza es propenso y está inclinado a la humanidad con respecto a los próximos y paisanos, de la misma manera estará afectado hacia todo lo animado, aunque éste se encuentre entre los reptiles o entre las fieras. Y si el que hubiese abrazado esta doctrina penetrare en la selva, considerará a todos los árboles como una agrupación y reunión de hombres.

¿Cuál es la razón de la vida de aquel que se hace piadoso, descendiente y solícito hacia todas las cosas a causa de la amistad o parentesco que juzga tener con ellas, o que se convierte en áspero, fiero, inhumano e intolerante para con los hombres por estimar que nada de común existe entre ellos y las demás cosas? Luego, como resulta de lo que hemos dicho, debe ser rechazado semejante lenguaje y doctrina, ya que muchas otras razones nos apartan merecidamente de semejante opinión.

3. *Sigue la refutación de la metempsícosis. La ciudad celestial de las almas antes de su encarnación. Vicios de las almas celestiales. Reencarnaciones sucesivas. Círculo transmigracionista. Absurdos de orden moral. Contradicciones.*

He oído decir, a los que tales doctrinas enseñan, que establecen ciertas naciones de almas en alguna ciudad peculiar donde viven antes de llegar a la vida corporal (3). Esas almas, dicen, vagan y yerran en su naturaleza ágil y tenue juntamente con la revolución y conversión universal con cierta propensión al vicio y a la maldad, como si unas alas veloces llevasen las almas a los cuerpos (4); primeramente a los humanos y luego a la misma manera, a causa del uso de los afectos y perturbaciones de los que carecen de razón, después de haber salido de la vida humana, degeneran en animales y por último se van deslizando hasta la vida de las plantas que carecen de sentidos. De esa manera lo tenue y ágil por naturaleza, como es el alma humana, se convierte en pesado, emigrando a los cuerpos humanos a causa del vicio y de la maldad; y luego, extinguida la facultad dotada de razón, pasa la vida en los que carecen de inteligencia; y por último, siendo despojado del don de los sentidos, recibe la vida de las plantas que carece de sentidos; y luego nuevamente sube por los mismos grados y es restituido al lugar celestial.

Semejante doctrina es por sí sola fácilmente aceptada por aquellos que medianamente han ejercitado su juicio y no tiene ningún fundamento estable. Porque si el alma por el vicio y la maldad es traída de la vida celestial a la vida de los árboles y luego nuevamente corre a la vida celestial a causa de la virtud, se sigue que su discurso vacila al juzgar sobre lo que es más excelente y digno de ser preferido, a saber: si la vida de la selva o la vida celestial. Hay, efectivamente, aquí un circuito y casi una órbita que es recorrida por semejantes seres, de modo que el alma, dondequiera que se hallare, carecerá de lugar firme y cierto donde permanecer. Pues si de la vida incorpórea pasase a las cosas corporales y de éstas a la que carece de sentidos y nuevamente retrocediese a la vida incorpórea, entonces los que tales cosas enseñan no harán otra cosa que inventar y concebir una confusión indistinta e indistinguible de males y de bienes. Entonces ni la vida celestial permanecerá en la bienaventuranza, ya que el vicio invade a los que allí viven; ni los árboles y las plantas carecerán de virtud,

porque estiman (los defensores de esta teoría) que el alma pasa de aquí al bien y de allí comienza a participar de la vida viciosa.

Porque, si el alma que da vueltas con el cielo entra en conflicto con el vicio y la maldad y a causa del vicio desciende a la vida material y silvestre y de nuevo es transportada desde aquí para vivir en las alturas celestiales, los tales (los partidarios de esta sentencia) aducen y afirman una cosa contradictoria, a saber: que la vida material contiene una facultad expiatoria; que la conversión y revolución de las estrellas, que corren por el cielo, es causa y principio del mal, ya que alcanzando aquí alas por medio de la virtud se elevan hasta los cielos, contemplan las cosas celestiales y de allí, perdiendo las alas a causa del vicio y de la maldad, se hacen bajas y abyectas y, descendiendo a la tierra se mezclan con la crasitud de la naturaleza material.

Y todavía hasta ahora no ha logrado tener consistencia lo absurdo de semejantes sentencias y doctrinas de modo que pueden ser consideradas como opiniones contradictorias. Ni tiene certeza y estabilidad perpetuas el delirio de estas gentes. Porque, si dicen que la naturaleza celestial es inmutable, ¿cómo la pasión y el afecto podrán tener lugar en lo inmutable? Si la naturaleza terrenal está sujeta a los afectos y a los vicios, ¿de qué modo la vacuidad y abolición de las pasiones y afectos podrá ejecutarse y aprestarse en lo que está sujeto a los afectos? Mezclan lo que no puede mezclarse y unen cosas que no pueden tener ninguna comunión; pues imaginan la inmutabilidad en la afección y conciben en lo que es mudable la abolición y vacuidad de las pasiones y afecciones.

Y ni siquiera en estas ideas permanecen y perseveran siempre, pues de donde sacaron al alma por el vicio y la maldad, allí mismo la devuelven nuevamente como a una vida inmortal y segura separándola de lo material, como olvidados de que, gravadas por el vicio, se había mezclado con una naturaleza terrenal después de haber perdido las alas. Y de esta manera se mezclan y confunden entre sí la maldición y vituperación de esta vida con la alabanza de las cosas celestiales y superiores; pues aquella vida, que tiene mala fama y nota de infamia, es autora y guía del bien (como ellos opinan), y, la que es tenida por mejor, da al alma ocasión y motivo de propensión al mal. Por lo tanto, debe arrojarse de la doctrina de la verdad toda persuasión falsa e inestable acerca de estas materias (5).

4. *Sigue la refutación. Transmigración de o a los cuerpos femeninos. El vicio no puede ser principio de los seres. Exploración de las cópulas carnales. Negación de la Providencia. Consecuencias de orden moral. Naves sin pilotos.*

No sigamos tampoco a quienes place que las almas pasan de los cuerpos femeninos a la vida varonil, o, al contrario, que las almas separadas de los cuerpos masculinos vayan a vivir dentro de las mujeres, o que pasen de varones a otros varones, o de unas mujeres a otras mujeres; antes bien no hagamos caso de ellos como de gentes que se han apartado de la verdad. Porque la primera opinión, no sólo ha sido reprobada por falaz y falta de consistencia, ya que por sí sola se viene abajo por sus propias contradicciones, sino también porque es impía, pues enseña que nada se produce en las cosas naturales si el vicio no le da principio de alguna naturaleza. Pues si ni los hombres, ni las plantas, ni los animales nacen, si de arriba no viene sobre ellos el alma, ese descendimiento no tiene lugar sino a causa del vicio, de tal manera que los tales (los secuaces de la teoría) lleguen a estimar que el vicio y la maldad presidan la creación de los seres. Ambas cosas tienen lugar poco más o menos al mismo tiempo, a saber: que el hombre sea engendrado del matrimonio y el descendimiento del alma se adapte y concurra juntamente con el ansia del matrimonio. Y lo que es más absurdo y más se aparta del común sentir y pensar es que muchos animales, dotados de naturaleza desprovista de razón, se junten y unan. ¿Puede acaso atribuirse a la acción de la primavera el hecho de que el vicio se produzca también en las revoluciones y movimientos siderales?; ¿que simultáneamente tenga lugar el que las almas se llenen de vicios y se deslicen y que los vientres de los brutos animales conciban? ¿Qué diríamos del agricultor que clavase en la tierra los injertos sacados y arrancados violentamente de las plantas?; ¿de qué manera la mano de aquél sepulta y cubre de tierra el alma humana juntamente con la planta, concurriendo, con el deseo del hombre de plantar, la caída de las alas (6) de que el alma es despojada?

El mismo absurdo se da también en la otra opinión, a saber: si alguien llegare a estimar que las almas exploran y escudriñan las cópulas carnales de los que viven en matrimonio y observan el tiempo del parto, para insinuarse en los cuerpos que nacen. Porque, si el varón rehusase las nupcias y la mujer se librase de la ne-

cesidad de dar a luz, ¿acaso el vicio no pesará sobre el alma? Por lo tanto: o las nupcias dan al vicio celestial lugar y ocasión con respecto a las almas, o el afecto sin las nupcias hacia lo que es contrario invade al alma. Luego, en este último caso, careciendo mientras tanto de morada, el alma andará errante, cuando se desprendiere y cayere de los cielos y no tuviere un cuerpo que le recibiese (si así aconteciere).

¿Y cómo los que asignan los principios de la vida humana a esta fortuita e irracional caída de las almas podrán convencer de que la Divinidad gobierna al universo? Es absolutamente necesario que lo que sigue a un principio esté de acuerdo con él. Si la vida de alguno tuviere principio en algún caso temerario, totalmente fortuito sería también el curso y el éxito de ella. Estulta, necia y absurdamente sostienen que todos los seres penden del poder divino aquellos hombres que dicen no ser el mundo producido y proveniente de la voluntad de Dios, sino que refieren a un caso pravo los principios de los seres que nacen, como si la vida humana no pudiese constituirse y consistir, si el vicio no diere principio y ocasión a la vida. Por lo cual, si el principio de la vida es tal, lo que siguiere se movería también como el principio. Nadie puede decir que el bien nazca del mal, ni que del bien proceda su contrario, sino que tal cual fuere la naturaleza de la semilla, así debemos esperar los frutos. Por consiguiente, ese movimiento fortuito y temerario presidirá y precederá a toda vida sin que la providencia ande y se extienda sobre todas las cosas.

Asimismo serán totalmente inútiles la prudencia apoyada en razones, la precaución y el cuidado; nulo será el premio de la virtud, y será considerado como una bagatela carecer de vicios y ser extraño a ellos. Porque todo estará apoyado en la potestad de la fortuna que lo arrebate y se lo lleve; y la vida no se diferenciará de las naves desprovistas de piloto, faltas de aparejo, que por los acaecimientos fortuitos, como por las olas, son arrojadas y conducidas unas veces al mal y otras al bien. No puede haber merecimiento, que procede de la virtud, para aquellos cuya naturaleza tuviere principio en alguna cosa contraria.

5. *Sigue la refutación. El vicio no puede ser más antiguo que la vida. La Sabiduría divina es causa eficiente de los seres creados. Consecuencias consoladoras y saludables. El alma es libre para inclinarse al bien o al mal.*

En cambio, si nuestra vida fuere gobernada y regida por Dios, no puede haber duda alguna de que el vicio no presidirá nuestra vida. Mas, si nacemos por el vicio y la maldad, absoluta y totalmente viviremos viciosa y malignamente. Por lo cual los juicios futuros después de esta vida serán sin duda bagatelas y delirios; lo mismo podría decirse de la recompensa y de la remuneración por los merecimientos y acerca de todas las otras cosas que se dicen y se creen aptas para extirpar el vicio. Porque, ¿quién puede hacer que carezca de vicio y de maldad el hombre que nació por el vicio? ¿Cómo cierto denuedo y afán para vivir virtuosamente puede nacer en el hombre, cuya naturaleza, como dicen, tuvo principio en el vicio? Así como ninguno de los brutos animales pretende engalanarse con la facultad humana de hablar y los que tienen voz natural y con ella se han criado estiman que ningún daño puede sobrevenirles del hecho de carecer de la facultad de conversar y de hablar, del mismo modo también los que estiman que el vicio y la maldad son principio y causa de la vida, no pueden ser llevados a desear ardientemente la virtud, ya que ésta está fuera de su naturaleza. Y así todos los que tienen al alma purificada de ciertas disposiciones, apetecen y desean con muchas ansias la vida virtuosamente pasada. Y con esto se demuestra claramente que el vicio no es más antiguo que la vida y que en aquél no ha podido tener la naturaleza su primer origen, sino que la autora y causa de nuestra vida es la sabiduría de Dios que administra y gobierna todas las cosas naturales.

Cuando el alma, como place al Creador, hubiere llegado a la vida, ella elige a su arbitrio lo que le plazca y agrade y tiene lugar todo lo que mediante su facultad electiva estimare ser arbitrario. Podemos comprender mejor esta sentencia por el ejemplo del ojo que de la naturaleza posee la facultad de ver; pero el no ver, o procede de la voluntad y libre albedrío precedente, o también es fruto del vicio o de la calamidad. En vez de lo que es natural puede tener lugar lo que está fuera de la naturaleza, ya porque uno por su voluntad cierre los ojos, ya porque pierda el uso del ojo por un infortunio o calamidad. Lo mismo puede decirse del alma que ha sido formada y creada por Dios y, como en la Divinidad no se advierta vicio alguno, ella está fuera de la necesidad del vicio. Habiendo sido creada con esa condición, ella es conducida por su voluntad y libre albedrío adonde le pareciere: o por su libre

voluntad cierra los ojos a lo bueno y a lo honesto, o por las insidias del enemigo de nuestra vida, que habita con nosotros (7), soporta el vicio y la privación de los ojos y vive en las tinieblas del fraude; o también contrariamente se aleja de los vicios y afectos tenebrosos contemplando la verdad.

6. *¿Cuándo y cómo nacen las almas? Elimina Macrinia la cuestión del “cómo” por considerarla imposible de resolver. Testimonio del Apóstol. Se corre el riesgo de caer en el Panteísmo o en el Maniqueísmo. La del “cuándo” la resuelve más adelante.*

¿Cuándo, pues, y cómo nace el alma?, preguntará alguno. Pero la cuestión, por la cual desea saberse de qué manera ha sido hecha cada una de las cosas, debe ser completamente eliminada de nuestro discurso. Pues ni siquiera acerca de aquellas cosas que fácilmente podemos advertir y conocer, puede verificarse que la razón escrutadora e investigadora advierta y conozca de qué manera ha sido producido lo que aparece ante nuestros ojos, de tal manera que se considere no ser eso comprensible ni siquiera para los varones santos arrebatados e inspirados por el espíritu divino. Pues por la fe sabemos que *los siglos han sido fundados y perfeccionados por la palabra de Dios*, dice el Apóstol, *para que por medio de las cosas que no se ven conozcamos que han sido hechas las que se ven y se perciben* (8). En mi opinión, no habría dicho tal cosa, si hubiese estimado que lo que se pregunta pudiera conocerse por medio del raciocinio. El Apóstol dice que él cree haber sido hechos por la voluntad divina, no solamente el mundo, sino también todas las cosas que de él han sido hechas (sea lo que el mundo fuere, con él se cree hecha toda criatura visible e invisible); pero pasó por alto escudriñar e investigar el modo como el mundo ha sido hecho.

Y no creo yo que tal cosa pueda alguien alcanzarlo y comprenderlo por medio de la investigación, ya que a primera vista esa cuestión está plagada de muchas dificultades y perplejidades, a saber: ¿de qué manera de una naturaleza consistente y estable puede existir lo que es mudable? ¿Cómo de lo simple puede proceder lo compuesto y sujeto a intervalos y dimensiones?, ¿por ventura de la misma Naturaleza Suprema? ¿Pero no se conoce ni consta si las demás cosas lo han sido de otra manera

y tienen otro origen, ya que esos otros seres son de diverso género que Aquéllo?

Y así la razón nada percibe fuera de la naturaleza divina. Porque se escindiría y dividiría la opinión en diversos principios, si se estimare que fuera de la causa eficiente hay algo de lo cual la Sabiduría creadora tomase y pidiese los instrumentos para crear. Siendo, pues, una sola la causa de todos los seres y no siendo del mismo género que la suprema naturaleza esos seres que por ella fueron creados, se sigue el mismo absurdo de una y otra opinión: ya de la que estimare que la criatura ha sido producida de la naturaleza divina, ya de que todos los seres han sido sacados a la realidad natural por cualquiera otra esencia. Porque, o se estimaría que la Divinidad está dotada de las mismas propiedades de la naturaleza, por ser del mismo género de Dios los seres que han sido hechos y creados (9), o se introduciría frente a Dios alguna naturaleza material fuera de la divina y se compararía con El aquella otra que, por razón de propiedad no engendrada, se igualare a la sempiternidad del que es. Esto lo imaginaron los Maniqueos y a esas opiniones se adhirieron algunos filósofos de Grecia (10), y así unos y otros tuvieron semejante fantasía por sentencia firme y cierta. Para huir y evitar el absurdo que hay en una y otra sentencia en la cuestión referente al mundo y siguiendo el ejemplo de Pablo, pasemos por alto el investigar y escudriñar el modo como cada cosa ha sido creada y sólo indicaremos de pasada que el movimiento de la voluntad y destinación divina, cuando lo tuviere por conveniente, se hace realidad y que la voluntad es llevada a la esencia y al efecto y convirtiéndose inmediatamente en naturaleza; pues cualquier cosa que quisiere sabia y activamente el poder divino, no puede ser voluntad vana, ineficaz y sin efecto. La substancia y existencia de la voluntad es esencia (11).

Como todas las cosas están divididas en dos grupos, a saber: intelectual (que constando de sólo la mente y siendo inteligente, por la inteligencia es percibido y comprendido) y corporal, la criatura de los intelectuales no parece en modo alguno discrepar y ser diversa de la naturaleza de lo incorpóreo sino estar muy próxima a él, ya que nos muestra lo que escapa a la vista y al tacto, a la dimensión y al intervalo. No errará quien piense lo mismo acerca de la naturaleza Suprema. Como la criatura corpórea sea considerada y estimada entre aquellas naturalezas que no tienen ninguna

comunión con la Divinidad y engendre principalmente aquella dificultad y perplejidad en la razón, la cual no puede percibir y advertir, ¿de qué manera de lo invisible saldrá lo que se ve?; ¿cómo lo sólido y duro procede de lo que escapa al tacto?; ¿cómo lo que se contiene en algunas medidas, que se conocen por la cantidad, procede de aquello que carece de cantidad y magnitud y muchas otras cuestiones referentes a otras cosas que singularmente se comprenden en la naturaleza corpórea? (de las cuales sólo decimos que nada de lo que se considera en el cuerpo, es por sí cuerpo: ni la figura, ni el color, ni la gravedad, ni el peso, ni la dimensión, ni el intervalo, ni la cantidad ni otra cosa alguna de aquellas que se comprenden y entienden por cualidad, sino que cada una de ellas es razón y proporción y la concurrencia y unión de ellas se convierte en cuerpo). Porque, pues, las cualidades de que consta el cuerpo son comprendidas por la mente, pero no por los sentidos, y lo que es intelectual, consta de mente y es comprensible para la mente la divinidad, ¿qué dificultad hay para El que consta de mente y es comprendido por la inteligencia, hacer aquellas cosas que se ven, son entendidas por la mente y se han unido para engendrar nuestro cuerpo? Pero esto ha sido estudiado y examinado fuera de propósito e incidentalmente. Era otra, en efecto, la cuestión que nos habíamos propuesto, a saber: si las almas existieron o no antes que los cuerpos y fueron incorporadas a las cosas naturales; cuándo y cómo existan. Por consiguiente la cuestión de cómo las almas existan, no siendo posible alcanzarla y explicarla, la hemos dejado a un lado en este diálogo (12).

7. *Aborda Macrinia la cuestión del “cuándo” nacen las almas: Ni antes ni después que el cuerpo en que han de habitar.*

Sólo nos resta, según lo que anteriormente hemos examinado, la siguiente pregunta: ¿cuándo tuvieron origen y existencia las almas? Si damos por supuesto que el alma vivió en un lugar particular antes que los cuerpos, sería absolutamente necesario pensar que tienen vigor las absurdas sentencias y conocidas opiniones de los que defienden haber sido llevadas las almas a los cuerpos a causa del vicio (13).

Tampoco habrá nadie que tenga uso de razón a quien se le ocurra pensar que el origen de las almas sea posterior (al de los

cuerpos) y que sean más recientes que la composición de éstos: porque es evidente y manifiesto para todos que nada inanimado tenga en sí la facultad de moverse y de crecer. No hay controversia ni duda alguna acerca del movimiento local, del crecimiento y aumento de los que son alimentados en el útero materno. No nos queda por tanto sino pensar que es uno e idéntico el momento de la constitución del alma y del cuerpo.

8. *El germe corporal contiene virtualmente a todo el cuerpo, que se irá desarrollando paulatinamente gracias a los alimentos. La potencia del alma se irá mostrando al compás de aquel desarrollo.*

Así como si la tierra recibiese del labrador el renuevo sacado de raíz, hace de él un árbol, no infundiendo ella misma la fuerza del crecimiento en lo que es nutrido, sino dando a lo que en ella está plantado la materia de crecimiento y ayuda; del mismo modo decimos que lo que se saca del hombre para semilla del hombre, eso mismo es en cierto modo animal, lo animado de lo animado, de lo que es nutrido (surge) lo que es nutrido.

Si la pequeñez del renuevo no pudo abarcar todas las facultades y movimientos del alma, no es de maravillar. Porque el trigo que hay en la semilla no se convierte al instante en espiga (pues, ¿cómo es posible que en una cosa tan pequeña tenga lugar otra tan grande?), sino que, al nutrir la tierra al trigo con los alimentos convenientes y adecuados, el trigo se convierte en espiga, no cambiando en la gleba la naturaleza, sino sacando, mostrando y volviéndose absoluto y perfecto con el auxilio del nutrimento. Así como al nacer las semillas, el crecimiento llega paulatinamente a la perfección; del mismo modo en la formación y constitución de los hombres se muestra y resplandece también la potencia del alma según la naturaleza y proporción de la magnitud del cuerpo.

En primer lugar, insinuándose y desarrollándose, mediante la fuerza de alimentar y al mismo tiempo de acrecentar, en los seres que se forman en el útero; y luego infundiéndo en ellos, una vez dados a la luz, la facultad de sentir; y así a partir de entonces, una vez crecida la planta medianamente, sacando y mostrando ésta la fuerza dotada de razón a la manera de un fruto (14), pero no toda ella y como traída de repente, sino a medida que la planta va creciendo y surgiendo mediante el progreso adecuado y competente

y por medio también del aprovechamiento creciente acrecentado. Como lo que se saca de los seres animados para materia y causa de la constitución del animado, no puede estar muerto (pues la muerte tiene lugar por la privación del alma; mas esa privación no precederá al hábito), de aquí deducimos que el común y simultáneo acceso y entrada a la esencia se franqueará a la coalición y conexión que está formada y consta de ambos elementos (del cuerpo y del alma); de modo que ni aquél se adelante a ésta ni ésta sobrevenga a aquél.

9. *El género humano ha de estabilizarse alguna vez. Ni serán creadas más almas ni engendrados más cuerpos.*

La razón prevé con seguridad que necesariamente ha de ocurrir alguna vez se detenga el incremento del número de las almas y que no vaya más allá, de modo que la naturaleza no fluya perpetuamente manando todavía sobre las ya existentes, unas después de otras, sin dejar de moverse (15).

Otra causa, por la cual estimamos necesario que nuestra naturaleza se estabilice, es la siguiente: como toda naturaleza que, escapando a los sentidos, es sólo comprendida por la mente, tenga consistencia en su complemento y plenitud, es justo y probable que también el género humano ha de tener fin alguna vez (pues esto no es ajeno a aquella naturaleza que se distingue, no por los sentidos, sino por la mente), para que no se estime que siempre es contemplada con defectos. Pues la agregación continua de unas tras otras a las ya existentes arguye que la naturaleza es imperfecta. Por consiguiente, cuando el género humano hubiere llegado a su fin, se detendrá totalmente el flujo del movimiento de la naturaleza, después de haber alcanzado su fin necesario; y a la vida la recibirá otro estado diverso de aquél que ahora es exigido mutuamente por la generación y la corrupción. Pues donde no hubiere generación ni nacimiento, necesariamente tampoco habrá nada que parezca y se corrompa. Si la composición procede a la disolución (llamamos composición al acceso por generación), se sigue necesariamente que, al no proceder la composición, tampoco se seguirá la disolución. Luego se indica de antemano una vida estable y desprovista de disolución que ha de tener lugar después de la presente (como es de justicia el creerlo),

vida futura que no tendrá cambio alguno ni por nacimiento ni por destrucción.

10. *Temores por la vida de Macrinia. Restauración universal. Testimonio del Salmo CIII en favor de la resurrección de los cuerpos.*

GREGORIO.—Pero yo, después de haber expuesto la maestra esas cosas, como pareciese a muchos de los asistentes que el discurso había logrado un asentimiento conveniente, temiendo que, si de la enfermedad de la maestra sobreviniese humanamente algo (como efectivamente ocurrió), no hubiese quien resolviera las dificultades que personas extrañas a nosotros pudieran oponer sobre la resurrección, repuse: Todavía nuestro diálogo no ha tocado lo que es en gran manera propio y principal y pertinente al asunto sobre la doctrina y sentencia que buscamos.

Dice la Sagrada Escritura dada a luz por Dios, según la nueva y la antigua doctrina, que, cuando nuestra naturaleza estuviere libre y desembarazada de cierto orden y encadenamiento, mediante un movimiento transitorio del tiempo y que dará vuelta al mundo, ha de ocurrir alguna vez que esa carrera se detenga por la sucesión y continuación de otras y otras que existirán y nacerán unas de otras; y que, al no admitir ya el colmo de la naturaleza universal mayor acrecentamiento, toda la plenitud y reunión de las almas nuevamente ha de volver del estado invisible y disipado a otro estado, en que el conglomerado pueda detenerse, permanecer estable, aparecer y contemplarse, regresando por el mismo encadenamiento nuevamente unos a otros. Tal estado de vida es llamado resurrección por las Escrituras de la doctrina divina, comprendiendo bajo ese nombre, que es terreno, el movimiento de erección y restauración de todos los elementos.

MACRINIA.—¿Qué hay relativo a este asunto de lo cual no se haya hecho mención en lo que ya llevamos dicho?

GREGORIO.—La misma doctrina de la resurrección.

MACRINIA.—Muchas de las cosas que ahora se han dicho profusa, prolífica y abundantemente, pertenecen a esa doctrina.

GREGORIO.—¿No sabes, respondí, cuántas dificultades y cuestiones acerca de tal esperanza someten a nuestra consideración los adversarios como si nos sometieran a un examen? Y, al decir eso, me empeñaba en exponer cuántas cosas inventan los opositores para echar abajo la resurrección.

MACRINIA.—Pero ella interrumpió diciendo: Me parece necesario recorrer brevemente lo mucho que en diversos lugares y separadamente ha expuesto la divina Escritura acerca de esta sentencia y doctrina, para así poner fin a nuestro diálogo. En los cantos divinos de David, al predicar éste las alabanzas de Dios, aprovecha la oportunidad cuando pregoná la ordenación y gobierno del universo, para decir en el salmo CIII v. 29-30: *Mas si tú apartas tu rostro, túrbanse; les quitas el espíritu y dejan de ser y vuelven a parar en el polvo de que salieron. Envíarás tu espíritu y serán creados, y renoverás la faz de la tierra* (16). Dice, pues, que la virtud que todo lo ejecuta en todas las cosas, vivifica a aquellos espíritus en que estuviere presente y, en cambio, priva de la vida a aquellos de los cuales se ausentare. Si, pues, dice que dejan de existir aquellos seres vivientes de los cuales se apartare el espíritu; y que tiene lugar la renovación de los que dejaron de existir, si el espíritu se acercare e hiciere presente en ellos; y según el orden del discurso precede la defeción de los que son renovados, afirmamos que en esas palabras se anuncia a la Iglesia el misterio de la resurrección, habiendo sido David, dotado de espíritu y don profético, el encargado de vaticinar esa gracia.

11. *Simbolismo de la Escenopegia mosaica y del salmo CVII acerca de la resurrección final. La entrada en la bienaventuranza será alguna vez común a todos los resucitados, a todo el género humano. Invoca Macrinia la autoridad de San Pablo.*

Y en otro lugar dice este mismo Profeta que *el Dios del Universo, el Señor de todas las cosas, se apareció a nosotros para que celebrásemos nuestra fiesta con enramadas y ornatos* (17), indicando la fiesta de la erección de los tabernáculos con la voz τῷ πυχασχῷ, esto es: fiesta de la erección, de la exornación y composición que en otro tiempo había sido instituida según la tradición de Moisés, que precedía las cosas futuras conforme con la costumbre de los profetas. Lo que siempre se haría aún no se había verificado. Pues simbólica y figuradamente era significada de antemano la verdad por medio de los enigmas y las envolturas de las cosas que se hacían; aún no existía la verdadera fiesta de la erección de los tabernáculos; mas por esta causa, según el lenguaje profético, Dios y Señor de todas las cosas se mostró a nosotros,

a fin de que se estableciese por la naturaleza humana la escenopegia de nuestro disuelto domicilio; es decir: la erección de los tabernáculos, que nuevamente se compusiese y adornase corporalmente por medio de la unión y concurso de los elementos. La voz griega πυχασμός, esto es, cubrimiento y ornamentación, designa propiamente la cubierta y el ámbito, así como también el ornato y el culto de aquéllos. El texto de la salmodia dice así: *El Señor Dios se apareció también a nosotros para celebrar la fiesta con enramadas y ornatos que lleguen hasta los lados del altar* (18). Me parece que con esas palabras como en enigma, esto es, bajo la envoltura y cubierta de los vocablos, predijo se celebraría una fiesta para la criatura dotada de razón, en la que bailasen los seres inferiores juntamente con los eminentes y excelentes en la reunión y concurrencia de los buenos. Ya que en la figura y mística fabricación del templo no estaba permitido a todos los que se hallaban fuera penetrar dentro del ámbito de las paredes, pues se les prohibía la entrada a los gentiles y a los que pertenecían a otra estirpe o nación; y de los que habían entrado, no todos tenían derecho igualmente a acercarse al lugar más interior, si no estuvieren purificados con ciertas aspersiones y con una manera más pura de vivir, y todavía no a todos esos les era lícito entrar en el templo interior, sino que únicamente los sacerdotes tenían derecho a estar más allá del velo para ofrecer sacrificios. El lugar oculto y arcano del templo (al cual llaman ἄδυτος) (19), en que estaba colocado el altar y adornado con algunas prominencias de cuernos, era inaccesible a los mismos sacerdotes, fuera de uno solo que era el sumo pontífice, el cual entraba una sola vez en el año y en cierto día solemne para ofrecer un sacrificio arcano, recóndito y más oculto.

Siendo tanta la diferencia acerca de este templo, que era imagen y simulacro de aquel estado que sólo la mente puede comprender, la observación corporal nos enseña que no toda criatura dotada de razón se acercará al templo de Dios, a la confesión del gran Dios, ya que quienes han sido seducidos por falsas opiniones y persuasiones son impedidos de entrar por las vallas y cancelas divinas. Entre aquellos que por la confesión fueron los admitidos adentro se anteponen y prefieren que ya estuvieren purificados por aspersiones, pureza y abstinencias de cosas venéreas. Pero a ésos son antepuestos y de mejor condición

los que fueron destinados a los sacrificios, de modo que son tenidos por dignos de la prelación y administración de las cosas sagradas interiores. Pero como alguno pueda llegar a una más evidente y más clara explicación y significación del enigma y de la envoltura externa, es posible advertir, guiados por el raciocinio, que algunas de las virtudes dotadas de razón están colocadas como un santo altar en el santuario de la Divinidad; otras de éstas se ven en lugar más excelente a modo de prominencias de cuernos; y otras finalmente alcanzan el primero o el segundo lugar en cierto orden adecuado y competente.

Mas el género humano, a causa del vicio infundido, se agita fuera del ámbito de las paredes divinas; pero una vez que fuere purificado por el bautismo, conseguirá entrar. Pues, como alguna vez serán destruidas las interpuestas vallas por medio de las cuales el vicio nos aparta del lugar que hay detrás del velo, cuando por medio de la resurrección nuestra naturaleza fuere nuevamente erigida como un tabernáculo y fuere abolida y suprimida de entre las cosas naturales toda la corrupción introducida por el vicio, entonces todos aquellos que por la resurrección fueren cubiertos, adornados y compuestos, celebrarán la fiesta común alrededor de Dios, de tal manera que a todos les sea propuesta una misma e idéntica alegría sin que ninguna diferencia aparte ya a la naturaleza dotada de razón de la participación de igual derecho y de los mismos bienes, sino que, quienes ahora están fuera a causa del vicio, alguna vez estarán dentro del santuario de la divina bienaventuranza y se juntarán a los costados del altar, esto es, a las excelentes y sobre mundanas virtudes (20).

Esto lo expresa con más claridad el Apóstol significando la concordia de todo con el bien, a saber: *Al nombre de Jesús se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y en el infierno; y toda lengua confiese que el Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre* (21). En lugar de los cuernos, dice lo angélico y celestial; por los demás, significa a la criatura que se entiende después de aquellos, a saber, a nosotros: todos los cuales nos ocuparemos en una fiesta concorde y unánime. La fiesta, la confesión y el reconocimiento versan sobre Aquel que es (22).

12. *Un pasaje de Ezequiel. Milagros que acompañarán a la resurrección final. Testimonio de los Santos Evangelios. Jesús confirma con hechos la doctrina de la resurrección.*

Muchos otros lugares de la Sagrada Escritura pueden reconocerse para la recomendación y confirmación de aquella sentencia y doctrina, que se tiene por cierta y firme, acerca de la resurrección. Porque Ezequiel con espíritu profético, pasando por alto el tiempo intermedio se detiene en el mismo artículo y punto de la resurrección con su virtud pronosticadora y, contemplando el futuro como si fuese presente, lo presenta a nuestras miradas (23). Vio un campo ingente, extendido y abierto sin límite alguno; en él un montón de huesos y muchos otros separados por algún caso fortuito, todos los cuales eran movidos por el poder divino, de modo que se juntaron unos con otros por su propia coyuntura; y luego comenzaron a cubrirse y a ser envueltos por nervios, carnes y piel, el salmo expresa la acción de ser envueltos y cubiertos por la voz ($\pi\upsilon\chi\alpha\xi\epsilon\alpha\varsigma$) y por último vio al espíritu que los vivificaba y resucitaba. ¿Para qué exponer la descripción del Apóstol, tan fácil, expedita y al alcance de los lectores, de aquellos milagros que tendrán lugar en torno a la resurrección?, como cuando dice la Escritura que *en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, sonará la trompeta y los muertos resucitarán a un estado de naturaleza inmortal* (24). También pasaré por alto algunos testimonios de los Evangelios, por ser demasiado conocidos para todos (25).

No sólo de palabra dijo el Señor que los muertos han de resucitar, sino que también representa y garantiza la resurrección por medio de hechos que están más cercanos a nosotros y por los cuales de ninguna manera puede ser derogada y abatida nuestra fe, dando así comienzo a esta obra admirable. Porque en primer lugar demuestra la fuerza vivificadora en las enfermedades mortíferas, alejando las afecciones con su mandato y su palabra (26). Luego resucita a una muchacha recién muerta (27) y devuelve a su madre a un niño que era llevado al sepulcro y a quien levanta del féretro (28). Posteriormente saca vivo del sepulcro a Lázaro, que muerto hacía cuatro días se descomponía y pestaba, vivificándolo con su mandato y con su voz (29). Ultimamente resucita su propia humanidad al tercer día después de haber sido traspasado por los clavos y por la lanza y aduce como testimonio de la resurrección las señales que le habían dejado en el cuerpo los clavos y la lanza (30). Yo estimo que no es necesario decir nada acerca de esos prodigios, pues no hay ninguna duda entre los que han admitido y aprobado las cosas que acerca de ellos están escritas.

13. *Objeción: Si en la resurrección no resucitare el mismo cuerpo que murió, sino otro perfecto, no habría resurrección sino creación. Si resucitare el mismo cuerpo enfermo y achacoso, sería un espectáculo lamentable y nada apetecible.*

GREGORIO.—Pero no era esto lo que se preguntaba, a saber: si la resurrección ha de tener lugar alguna vez y si el hombre comparecerá en un juicio incorrupto, pues todos los oyentes están conformes en ello, ya por las demostraciones de las Escrituras, ya por lo que anteriormente se ha investigado y discutido. Pero debemos considerar si el futuro, que se espera, ha de ser como lo que ahora es. Si así fuera, yo diría que habría de desaparecer en los hombres la esperanza de la resurrección.

Porque, si los cuerpos humanos son nuevamente restituidos a la vida tales cuales están cuando dejan de vivir, en este caso lo que esperamos con la resurrección no es otra cosa que una calamidad perpetua. Pues, ¿qué espectáculo sería más miserable que la carne consumida y la piel arrugada y adherida a los huesos, cuando en la extrema senectud los cuerpos encorvados y contraídos sean reducidos a la torpeza y a la deformidad? Pues, convulsionados los nervios, porque ya no son alimentados y bañados por el humor, y contraído por lo tanto el cuerpo, es una cosa sin fuerza y un espectáculo miserable cuando la cabeza está inclinada hacia las piernas; y las manos, impotentes para ser empleadas en su uso natural, retozan y se mueven de mala gana a causa del temblor.

¿Qué cuerpos son los de aquellos que se consumen por enfermedades diarias y prolongadas? Estos cuerpos se diferencian de los huesos desnudos en que están cubiertos por una piel delgada y ya consumida. ¿Qué cuerpos son los de aquellos que se hincharon por la hidropesía? ¿Qué palabras podríamos emplear para poner ante los ojos la aniquilación indecorosa y el daño de los que son atacados por la enfermedad sagrada (31), de tal modo que la podredumbre progresiva les corra poco a poco todos los miembros tanto instrumentales cuanto sensitivos? ¿Para qué hablar de los cuerpos de aquellos que en los terremotos, en las guerras o por otra causa cualquiera fueron mutilados y antes de morir vivieron durante algún tiempo después de aquella calamidad, o de los de aquellos que, dañados y viciados desde su nacimiento, por alguna adversidad, crecieron con los miembros dislocados y así llegaron

a la edad perfecta? ¿Qué ha de pensarse de los recién nacidos que, o son expuestos, o son ahogados, o perecen por algún caso fortuito, si los tales son nuevamente restituidos a la vida, si permanecerán en la infancia y, lo que es más miserable, si llegarán la edad perfecta y con qué leche los amamantará nuevamente la naturaleza?

Así, pues, si en todo resucitará nuevamente nuestro mismo cuerpo no nos espera otra cosa que calamidad e incomodidades; pero, si no es el mismo el que resucita y vuelve a la vida, será distinto del que yace en el sepulcro. Porque si murió siendo niño, resucita como hombre perfecto o al contrario, ¿cómo podríamos decir que el mismo que está en el sepulcro ha tomado vida y resucitado, siendo así que el que murió se ha cambiado en lo referente a la diferencia de edad?

Si alguien viere una cosa por la otra, un adulto en lugar de un niño, un adulto en la flor de la edad en lugar de un anciano, uno íntegro y sano en vez de un mutilado o víctima de alguna otra enfermedad, uno corpulento en lugar de macilento, y en todos los demás casos de la misma manera, si alguien quisiere recordar todos los casos uno a uno, ¿no causaría tedio y molestia al discurso?

Si tal cuerpo no resucitase nuevamente a la vida tal cual se hallaba en el momento de ser sepultado, no resucitaría lo que había estado muerto, sino que sería otro hombre formado de la tierra. ¿Qué me importa a mí la resurrección, si en lugar de mí resucitase otro hombre? ¿De qué modo me conoceré a mí mismo, si no me veo a mí mismo, en mí mismo? Pues no sería yo realmente si en todo no fuere el mismo. Pues, como en la vida presente, si establecemos que alguien, cuya figura retengo en la memoria, es de cabellos ralos, de labios prominentes y caídos, de nariz chata, piel blanca, ojos azules, cabello cano y cuerpo arrugado, y luego vemos que se vuelve joven, de abundantes cabellos, de nariz encorvada, de piel negra y en todas las demás cosas diverso en lo referente a la figura corporal y a las líneas, ¿juzgaré por ventura que es el mismo? ¿Qué necesidad hay en verdad de insistir en las dificultades menores y de poca monta, dejando a un lado las más poderosas? ¿Quién ignora que la naturaleza humana se asemeja a un río, que progresá con cierto movimiento desde el nacimiento hasta la muerte y que deja de moverse cuando deja de existir? (32).

Ese movimiento no es ciertamente el tránsito o traslado de un lugar a otro (pues la naturaleza no se excede a sí misma), sino que progresá por alteración y mutación. Mas la mutación, mientras fuere lo que se dice, nunca permanece en el mismo estado (pues, ¿de qué manera podría conservarse en el mismo estado lo que se altera y cambia?), sino que así como el fuego, que está en un candil, según parece, se ve siempre el mismo (pues el movimiento siempre continuo lo mantiene unido, no esparcido y separado por algún intervalo), realmente siempre sucediéndose y nunca permaneciendo idéntico (pues el aceite, que es extraído por el calor, apenas convertido en llama, se quema y se convierte en humo y en hollín; y siempre es consumido por la fuerza alteradora del movimiento de la llama transformándose en humo y en hollín inmediatamente); y así como si alguien tocase dos veces la llama, no podría tocar las dos veces la misma llama (pues la celeridad de la alteración y del cambio no espera al que nuevamente la toca, aun cuando lo haga muy aceleradamente), sino que la llama siempre es nueva y reciente, nace en cada momento y nunca permanece en el mismo estado, algo parecido ocurre con respecto a la naturaleza de nuestro cuerpo.

Porque como nuestra naturaleza, ya introduciéndose, ya fluendo, siempre camina y se mueve a causa del movimiento de alteración, entonces existirá cuando dejare de vivir; en cambio, mientras estuviere en la vida, no tendrá un estado y lugar donde estar. Pues o se llena o se diluye y se desvanece y aniquila, o pasa perpetuamente por uno y otro estado. Si, pues, el que ha nacido, mientras estuviere vivo, no es el mismo ni es ahora el que fue ayer, sino que a causa de los cambios experimentados viene a ser otro; cuando la resurrección trajere nuevamente nuestro cuerpo a la vida, se convertirá un solo individuo en un pueblo de hombres, de modo que al que resucitare nada le faltará, a saber: el infante, el muchachito, el niño, el adolescente, el varón, el padre, el anciano y todos los otros estados intermedios.

14. *Otra objeción: ¿Qué cuerpo será castigado sin faltar a la justicia, si tenemos en cuenta que tanto la virtud como el vicio fueron ejecutados por medio de los órganos corporales en continua evolución y renovación?*

Y como la continencia y la incontinencia tengan lugar por medio de la carne, ya de los que sufren graves y acerbos suplicios por amor a la piedad, ya de los que evitan las debilidades del ánimo y de los que son capaces de una y otra cosa por intermedio de los sentidos corporales, ¿cómo es posible que en el juicio se observe la justicia? Y cuando un mismo individuo ahora pecare y luego diere satisfacción y expiación por medio de la penitencia y tal vez de nuevo cayere en delito y pecado y, cuando nuevamente por las vicisitudes de la naturaleza se cambiare su cuerpo, ya manchado, ya libre de mancha, y ninguno de esos estados fuere suficiente ni perdurase perpetuamente, ¿qué cuerpo será castigado con el intemperante y el continente?, ¿acaso el que en la senectud y ya cercano a la muerte estuviere contraído y encorvado?, ¿no será un cuerpo distinto de aquel que pecó y fue manchado por el vicio?, ¿y dónde está el anciano? Porque, o éste no resucitará y la resurrección no se representará ni será llevada a efecto, sino que será ineficaz: o resucitará y escapará al juicio y a la pena, a pesar de estar sometido y sujeto a uno y otra.

15. *La naturaleza nada hace en vano y no debe, por lo tanto, ser ocioso ningún miembro corporal. ¿Para qué, pues, han de resucitar los miembros vitales, los órganos de los sentidos y los de la conservación de la especie, si en la vida bienaventurada ya no existirán los menesteres asignados a aquéllos durante la vida presente?*

Diré también alguna cosa acerca de las objeciones que nos oponen los que no están conformes con nuestra doctrina.

La naturaleza no creó ociosa ninguna de las partes y miembros del cuerpo y no dejó de asignar a cada cual algún oficio y empleo. Porque unos contienen la causa y energía del vivir en nosotros, de tal modo que sin ellos no sea posible que subsista la vida que pasamos en la carne, como el corazón, el hígado, el cerebro, el pulmón, el vientre y las restantes vísceras; otros están destinados y dedicados al movimiento de los sentidos; otros gozan de la facultad de obrar y de andar; otros son idóneos y acomodados a la sucesión de la posteridad. Si, pues, mediante ninguno de ellos será ejercida ni tendrá lugar la vida que sucederá a ésta, para nada sirve la mutación y el cargar con ellos si es verdadero el relato (sagrado), como realmente lo es, que afirma no habrá ya de tener

lugar el matrimonio en la vida que recibiremos después de la resurrección (33), y que la vida que entonces ha de subsistir no necesitará para conservarse de la comida y la bebida (34), ¿cuál será el uso de las partes del cuerpo si ya no esperamos en aquella vida aquellos menesteres para los cuales ahora tenemos dichos miembros? Porque, si para las nupcias poseemos aquellos miembros que se refieren al matrimonio, no hay necesidad de los miembros destinados a las nupcias, si éstas no existirán ya. Del mismo modo con respecto a las manos para obrar, a los pies para andar, la boca para tomar los alimentos, los dientes para triturarlos, las entrañas para la cocción y digestión y los conductos de expulsión y excreción por los cuales pasan y son expelidos aquellos restos que están corrompidos y se hicieron inútiles.

No existiendo (en aquella vida) los menesteres para los cuales fueron creados (los miembros y órganos), ¿cómo y para qué servirán éstos? Y si en nuestro cuerpo no han de existir las cosas que no prestaren ninguna ayuda a cuanto se refiere a aquella vida (pues en otras cosas consistirá ésta), es necesario que tampoco subsista nada de cuanto ahora constituye e integra a nuestro cuerpo. Luego ya nadie llamará a eso resurrección, pues a causa de su inutilidad (para aquella vida), no resucitarán ninguno de los miembros juntamente con el cuerpo. Si mediante todas esas cosas será representada y celebrada la resurrección, el que las representare y celebrare creará en nosotros cosas vanas e inútiles para aquella vida. Es así que es necesario creer que existe la resurrección y que no es una cosa vana. Luego ha de procurar nuestro ánimo con toda diligencia en este discurso conservar ante todo lo que es adecuado y conveniente a esta sentencia y doctrina.

16. *Macrinia pondera la dialéctica de su hermano Gregorio. Las objeciones precedentes son cosa baladí y así lo comprobaremos una vez resucitados. Definición de la resurrección de los cuerpos. Confirmación de San Pablo. Allí no habrá enfermedades, ni achaques, ni muerte. Restauración universal. El Purgatorio.*

MACRINIA.—Una vez que hube expuesto esas cosas, dijo la maestra: Muy egregia y preclaramente y con verdadera arte oratoria has acometido y expresado la sentencia y doctrina de la resurrección y probablemente has puesto asedio a la verdad por todas

partes con palabras y argumentos impugnatorios, de modo que no sería de maravillar que los que no hayan considerado y contemplado el misterio de la verdad se dejen conmover de alguna manera mediante tales palabras en favor de su probabilidad y verosimilitud, y hasta lleguen a estimar no absurdamente ni como un despropósito que dichas palabras hayan llegado a engendrar alguna duda (35).

La verdad, dijo, no es así, aun cuando nosotros no podemos disfrutar para tales argumentos del oficio de orador en esta disputa, pues la verdadera naturaleza de estos asuntos se conserva escondida en los ocultos, apartados y arcanos tesoros de la sabiduría, naturaleza que se pondrá al descubierto y saldrá a la luz cuando realmente conozcamos el misterio de la resurrección, cuando ya no tengamos necesidad de palabras para la manifestación de las cosas que esperamos. Así como el brillo de los rayos del sol, al aparecer éste sobre el horizonte, frustra muchas cuestiones acerca del resplandor del mismo astro, agitadas por los que pasan la noche en vela, y hace vana, ociosa e inútil la dispuesta propuesta; de la misma manera se hará patente que toda cuestión referente al estado futuro por medio de conjeturas, será considerada baladí cuando realmente experimentemos aquello que esperamos. Pero, como de ninguna manera conviene dejar pasar sin discusión ni examen las objeciones que nos oponen los adversarios, dispongamos la discusión acerca de ellas.

Ante todo es necesario considerar y comprender hacia dónde se encamina y endereza la doctrina de la resurrección y por qué causa ha sido revelada por la Sagrada Escritura, introducida y creída. Por lo cual, como alguien ha abarcado tal cuestión en una definición, diremos así: *la resurrección es la restitución de nuestra naturaleza a su antiguo estado*. En la vida primera, de la cual el mismo Dios fue autor, no había vejez ni infancia, como es probable y verosímil, ni molestia o enfermedad corporal (pues no era decoroso ni justo que Dios crease tal cosa), sino que la naturaleza humana era una cosa divina antes que el género humano hubiese comenzado a apetecer el vicio. Todas esas calamidades nos invadieron y cayeron sobre nosotros juntamente con la entrada del vicio. Por consiguiente la vida, desprovista de vicio, de ninguna manera tuvo necesidad de versar en aquellas cosas que por medio del vicio sobrevinieron.

Así como al que camina por el hielo y la nieve suele ocurrirle que su cuerpo tenga frío, y al que anda bajo la acción de los rayos solares se le queme y ennegrezca el rostro y la piel; pero si estuviere fuera de ambas cosas, se librara por completo de quemarse y enfriarse, y a nadie se le ocurriría preguntarle razonablemente por una causa no existente; del mismo modo nuestra naturaleza, habiéndose sujetado a las pasiones, vicios, perturbaciones, es afligida y atormentada por aquéllas, que siguen necesariamente a la vida pasible.

Pero cuando hubiere llegado aquella bienaventuranza que está exenta de perturbaciones, vicios y pasiones, ya no será atormentada por aquellas secuelas del vicio. Porque, pues, aquellas cosas, que estaban mezcladas a la naturaleza humana por razón de la vida desprovista de razón, no existían en nosotros antes que el género humano cayese por medio del vicio en las afecciones y perturbaciones, simultáneamente abandonaremos (después de la resurrección) cuanto con ellas vemos ahora. Nadie por lo tanto buscará rectamente y con motivo probable en aquella vida cuanto nos vino con posterioridad de las afecciones y del vicio. Así como el que está rodeado por una túnica despedazada, una vez desprovisto de ella, ya no ve en sí la torpeza y la ignominia de la vestidura de que se despojó, de la misma manera, habiéndose despojado de la túnica muerta y torpe colocada sobre nosotros por las pieles desprovistas de razón (al decir pieles me parece entender el hábito y la figura de la naturaleza desprovista de razón con que nos unimos, asociamos y nos vestimos juntamente con el vicio y las pasiones), nos despojaremos, juntamente con la túnica que nos quitamos, de la piel desprovista de razón que nos rodeaba. Las cosas que recibimos de la piel desprovista de razón son las siguientes: el coito de los cuerpos, la concepción, el parto, las inmundicias, las mamas, los alimentos, la evacuación, todo lo cual tiene lugar paulatinamente para la incrementación de la edad perfecta, el sumo vigor de la edad, la vejez, las enfermedades y la muerte (36). Si, pues, ya no nos rodeará más aquella piel, ¿cómo quedarían en nosotros aquellas cosas que en nosotros existieron por aquélla? Por lo tanto, si esperamos otro estado en la vida futura, en vano e inútilmente nos esforzaríamos en defender contra la doctrina de la resurrección cuanto nada de común tiene con aquella vida.

¿Qué tienen de común la encorvadura y la corpulencia, la delgadez y el pus, y cualquier otra cosa que sobrevenga a la afeminada naturaleza de los cuerpos, con aquella vida que es extraña a la naturaleza de la vida frágil y transitoria? Sólo una cosa exige la naturaleza de la resurrección, a saber: que el hombre haya sido engendrado por nacimiento; es más, como dice el Evangelio, que el *hombre haya nacido en el mundo* (37). Es vano, inadecuado y reñido con la realidad buscar juntamente con la naturaleza de la resurrección la mucha duración de la vida o la celeridad de la muerte y de la ruina o de qué manera tuvo lugar el deceso. Porque sea cual fuere lo que adujéramos como ejemplo, todo es lo mismo y nada interesa, ya que ni la dificultad o incomodidad, ni la comodidad o facilidad, tienen nada que ver con respecto a la resurrección. Es absolutamente necesario que viva aquel que comenzó a vivir, y luego la resurrección enmendará y rectificará aquella disolución que tuvo lugar por medio de la muerte. ¿Qué importa a la resurrección el motivo o el tiempo en que tuvo lugar la disolución?

Otras miras tiene el estudio de este asunto, por ejemplo: si pasó la vida en el placer, en la tristeza o en el dolor; si vivió de acuerdo con la virtud o viciosamente, con alabanza o sometido al crimen, si pasó el tiempo miserable o felizmente. Estas y otras cosas semejantes se conocen por la medida, el modo y el género de vida, y, por lo que hace a formar juicio de la vida pasada, sería necesario a un juez investigar y preguntar acerca del vicio, del perjuicio y detrimento de la enfermedad y de la vejez, del vigor de la edad, de la juventud, de las riquezas, de la pobreza, a saber: ¿de qué manera uno que se hubiere encontrado en tales cosas acabó el curso de la vida pasada bien o malamente, y si fue capaz de muchos males o de muchos bienes, si durante mucho tiempo, y si no alcanzó totalmente unos y otros por no haber disfrutado de la vida en su sano juicio y cabal uso de razón?

Pero como quiera que Dios por medio de la resurrección ha de reducir la naturaleza del hombre a su primera creación y constitución será vano, ocioso e inútil decir tales cosas y pensar que el poder de Dios ha de ser estorbado y apartado de su propósito y consejo por medio de las objeciones expuestas.

El propósito y consejo divinos es el siguiente: una vez que estuviere acabada y cumplida la plenitud de nuestra naturaleza

por todos y cada uno de los hombres, siendo unos purificados del vicio inmediatamente después de esta vida, otros purificados luego por el fuego en el tiempo conveniente, no habiendo tenido algunos durante esta vida la conveniente experiencia y el debido conocimiento del mal y del bien proponer a todos la participación y el uso de los bienes que hay en El, *bienes que*, dice la Sagrada Escritura (38), *ni ojo vio, ni oído oyó, ni el raciocinio e inteligencia humana puede alcanzar ni comprender*. Esto, según mi opinión, no es otra que estar en el mismo Dios, pues el bien que supera al oído, al ojo y a la inteligencia no puede ser otro sino el que preside en los cielos a toda la creación.

17. *Las dificultades opuestas ya lo fueron a San Pablo que las refuta en su Epístola primera a los Corintios. El poder divino recoge los elementos dispersos. Para resucitar es preciso nacer y morir. Dones de los cuerpos gloriosos. Otra vez el Purgatorio. Los cuerpos, como tales, de los buenos y de los malos en nada se diferencian entre sí después de la resurrección.*

La diferencia de vida pasada virtuosamente o en la maldad y el vicio se muestra principalmente en que más tarde o más temprano el hombre será participante de la bienaventuranza que espera (39). Porque la aplicación de la medicina corresponderá y se aplicará proporcionalmente al vicio que estuviere inherente a nosotros. La medicina será para el alma la expiación del vicio y esa expiación no puede tener lugar ni dolor, como ya se ha demostrado e investigado más arriba. El que hubiere contemplado la profundidad de la sabiduría apostólica conocerá mejor la superfuidad, ineptitud e inconveniencia de las objeciones opuestas. Porque exponiendo el Apóstol a los Corintios el misterio de este asunto, pues tal vez ellos opusieron también las mismas dificultades que los que ahora impugnan esta doctrina para destruir la fe de los creyentes, cohíbe con su autoridad la impericia e ignorancia de aquéllos y les dice de este modo: *Pero, ¿de qué manera resucitarán los muertos?, me dirá alguno; o, ¿con qué cuerpo vendrán? ¡Necio!; lo que tú siembras no recibe vida, si primero no muere. Y al sembrar, no siembras el cuerpo (de la planta) que ha de nacer (después), sino el grano desnudo, por ejemplo de trigo, o de alguna otra especie. Sin embargo, Dios le da cuerpo según quiere* (40). Me parece que estas palabras cierran la boca e imponen

silencio a aquellos que ignoran las medidas propias de la naturaleza, comparan el poder divino con sus fuerzas y estiman que Dios puede tanto cuanto el ingenio humano puede percibir y comprender; lo que está sobre nosotros, dicen, también precede y supera al poder divino.

Los que habían preguntado al Apóstol por qué razón han de resucitar los muertos, como si estimaran ser imposible que los elementos dispersos de los cuerpos vuelvan otra vez a reunirse, y, como si esto no pudiera tener lugar, no quedase otro cuerpo fuera del que se forma por el concurso de los elementos, siguiendo la costumbre de aquellos que sutil y astutamente discurren y disputan, concluye el discurso con esta consecuencia de cuanto había propuesto: Si el cuerpo es el concurso de los elementos y no puede suceder que ellos puedan unirse y ajustarse otra vez: ¿de qué cuerpo usarán los que han de resucitar? A esto, que mediante una artificiosa astucia parecía ajustado y encadenado por ellos, le llamó el Apóstol necedad, por no haber advertido en las demás criaturas la prestancia y excelencia del poder de Dios. Pues, omitiendo los sublimes milagros de Dios, por los cuales tal vez el oyente podría ser inducido a la perplejidad y a la duda, como por ejemplo: que sea un cuerpo celeste, de dónde venga, qué cosa sean los cuerpos del sol y de la luna, o lo que se ve en las estrellas, qué sea el aire, qué el agua, qué la tierra, arguye contra la consideración de los adversarios sirviéndose de aquellas cosas que nos son más conocidas y comunes por el uso frecuente.

¿No te enseña acaso la agricultura que es necio e inepto, dice, quien midiere la excelencia del poder divino por el modo y medida de sus propias fuerzas? ¿De qué semillas proceden los cuerpos que nacen? ¿Por ventura no es la muerte, si hay muerte, disolución de lo compacto y reunido? La semilla no llega a germinar si en la tierra el grano no se disuelve, se ablanda y se macera (41), y si no se difunde en muchas direcciones, para que por su propia cualidad se mezcle con la humedad adyacente y de ese modo se transforme en raíz y en germen y aún no se quede en eso, sino que, naciéndole en medio algunos nudos a modo de lazos y vínculos, se cambie en tallo ceñido, de modo que en su figura erguida y esbelta pueda soportar la espiga cargada de trigo. ¿Dónde estaba lo que ahora se ve alrededor del trigo, antes de haberse disuelto y difundido en la tierra? De allí ha nacido. Si no hubiese estado allí, tampoco hubiese nacido la espiga.

Así como el cuerpo de la espiga proviene de la semilla, gracias al poder divino, de tal manera que aquél ni es una misma cosa con la semilla ni tampoco totalmente distinto de ella; de la misma manera, dijo, el misterio de la resurrección te es prefigurado por lo que maravillosamente ocurre en las semillas, pues el poder divino no sólo te devuelve otra vez, gracias a la excelencia de ese poderío, el cuerpo que había sido disuelto, sino que además agrega otras muchas grandezas y maravillas por medio de las cuales tu naturaleza es adornada y elevada a una más augusta y amplia hermosura. *El cuerpo, a manera de una semilla, es puesto en la tierra en estado de corrupción, y resucitará incorruptible; es puesto* (en la tierra todo) *diforme, y resucitará glorioso; es puesto* (en tierra) *privado de movimiento, y resucitará lleno de vigor. Es puesto* (en tierra común) *un cuerpo animal, y resucitará (como) un cuerpo espiritual* (42).

Así como, después que el trigo se ha disuelto y esparcido en la tierra, abandonando la exigüidad que se considera en la cantidad y la propiedad de su figura que se observa en la cualidad, no queda infecundo sino que se convierte en espiga, superándose y precediéndose a sí mismo en magnitud, en hermosura, en variedad y en figura; de la misma manera la naturaleza humana, dejando con la muerte las propiedades que había adquirido mediante la afección y disposición sujeta a las pasiones, movimientos y perturbaciones del ánimo, a saber (dejando): la fealdad, la ignominia, la corrupción, la enfermedad, la diferencia de edades, no queda infecunda sino que se convierte en una como espiga, se transforma en incorrupción, en gloria, en honor, en vigor, en total perfección, y en una condición tal que su vida no sea ya dirigida por las propiedades naturales sino que pase a un estado espiritual e inmune de las pasiones, movimientos y perturbaciones del ánimo. Es propiedad del cuerpo animal hacerse distinto de lo que es y transformarse en otro por medio de cierto flujo y movimiento. Ninguno de los bienes que ahora vemos, no sólo en los hombres sino también en las plantas, en los árboles y animales, permanecerá en la otra vida.

Me parece que las palabras apostólicas concuerdan en todo con nuestra opinión acerca de la resurrección y que muestran asimismo el contenido de nuestra definición, a saber: *la resurrección no es otra cosa que la restitución al antiguo estado y condición de*

nuestra naturaleza. Sabemos por la Escritura que en los primeros orígenes del mundo la tierra produjo primeramente hierba verde, como se lee en el relato (de Moisés), y que la hierba dio luego simiente; y habiendo la simiente caído sobre la tierra, nació otra vez la misma especie de aquello que había nacido primero (43). Lo mismo, dice el divino Apóstol, ocurrirá en la resurrección. Y no sólo nos enseña el Apóstol que el género humano se cambiará en un estado y condición más augusto y magnífico, sino también que lo que esperamos no es otra cosa que lo que fue al principio.

Puesto que no nació la espiga de la semilla, sino que fue la semilla la que nació de la espiga y luego la espiga creció en la semilla, la consecuencia del símil demuestra claramente que, cuando toda la bienaventuranza brotare nuevamente mediante la resurrección, será restituída a la antigua gracia y hermosura. Pues habiendo sido nosotros en cierto modo espiga al principio, después que nos secamos a causa del calor del vicio, este desnudo grano del cuerpo en la primavera de la resurrección nos convertirá nuevamente, después de ser sacados de la tierra donde estábamos disueltos por la muerte, en espiga alta, grande, copiosa, esbelta y gigantesca que llegará hasta el cielo y, en lugar del tallo y las barbas que tiene la espiga, estará adornada y sobresaldrá por la inmortalidad y demás insignias divinas y augustas. *Es necesario que éste (cuerpo) corruptible, dice, sea revestido de incorruptibilidad* (44). Pues consta que la incorruptibilidad, el honor, la gloria, el poder son propios de la naturaleza divina; y, como esas cualidades estuvieron presentes en él (el hombre) que fue criado a imagen (de Dios) es de esperar que volverán posteriormente.

La primera espiga era el primer hombre, Adán; mas, después que por la entrada del vicio en el género humano se dividió la naturaleza, así como el fruto estuvo en la espiga, del mismo modo todos los hombres, desnudos de la forma de aquella espiga y mezclados con la tierra, renaceremos en la resurrección a la antigua hermosura convirtiéndonos en infinitos millares de meses en lugar de aquella primera espiga.

La vida pasada en la virtud se diferencia de la vida viciosa en que los que se cultivaron durante la vida presente con la virtud, al instante aparecerán como una espiga perfecta; pero aquellos que a causa del vicio tuvieron durante esta vida en el semen animal un vigor sutil, vano, adulterino, indolente y sometido a las injurias

de los vientos, se dice que nacen experimentados en tales menesteres, como aquellas cosas que se llaman $\chi\epsilon\varrho\alpha\sigma\beta\omega\lambda\alpha$; esto es, duras y verdes. Estos, aun cuando han de nacer por la resurrección, experimentarán gran dureza y severidad de parte del Juez, pues no pueden crecer y elevarse a forma de espiga, ni llegar a ser lo que éramos antes de caer sobre la tierra. El remedio y la diligencia que emplea el que está al frente de los gérmenes, consiste en recoger al mismo tiempo la cizaña y las espinas que nacieron juntamente con la semilla (45), después de haberse trasfundido bajo la raíz a la naturaleza adulterina toda la fuerza alimentadora. Por lo cual ocurre que el germe genuino y legítimo no sea nutrido y que, por el hecho de ser sofocado por el germe que fuera de lo natural creció junto a él, no pueda producir jamás algo perfecto.

Después que fuere separado y destruido lo que no es neto y legítimo, sino adulterino y extraño, de lo que es puro y tiene virtud nutritiva, y el fuego se apodere de lo que no es natural (46), entonces la naturaleza de lo (legítimo) se agrandará gracias a un alimento copioso y se apresurará a producir fruto, al recibir los debidos cuidados durante un tiempo no corto, recuperando así la especie común que al principio Dios nos había impreso y atribuido. ¡Bienaventurados aquellos a quienes, al nacer por la resurrección, al instante les sobrevenga la hermosura perfecta y completa de las espigas!

Decimos estas cosas, no porque en la resurrección haya de aparecer alguna diferencia corporal en aquellos que pasaron la vida con la virtud o el vicio y la maldad, de modo que, en lo referente al cuerpo, juzguemos que uno ha de tenerlo perfecto y el otro imperfecto; sino que, así como durante esta vida tanto el que esté encadenado como el que esté libre en nada se diferencian corporalmente, pero sí existe mucha diferencia entre uno y otro en lo relativo al dolor y al placer, del mismo modo estimo que en el futuro han de ser la semejanza y diferencia de los buenos y de los malos. Porque dice el Apóstol que la perfección de los cuerpos, que renazcan de la semilla, tendrá lugar con incorruptibilidad y gloria, con honor y poder; pero la disminución de esas cosas no significa mutilación corporal del renacido, sino privación y enajenación de cada una de las cosas que se entienden por buenas.

Como, pues, es absolutamente necesario que poseamos una de las dos cosas opuestas, a saber: el bien o el mal, se deduce con toda evidencia que, al decir que uno no vive en el bien, se entienda que vive en el mal. Es así que en torno al vicio no hay honor, ni gloria, ni incorrupción, ni poder; luego, es absolutamente necesario que en torno a aquél, en el cual no existan tales bienes, se den infaliblemente los males que se consideran contrarios, a saber: la enfermedad, la ignominia, la corrupción y otras cosas semejantes, de las que más arriba nos hemos ocupado cuando dijimos que las enfermedades y afecciones del alma contraídas por el vicio, como crecen difundidas por toda ella y se unen con ella, se hacen tales que con dificultad podrían quitarse y abolirse. Así pues, purificadas y expurgadas aquéllas (enfermedades y afecciones) con el cuidado conveniente, cuanto se conviertiere en mejor irá a ocupar el lugar de ellas y sucederán: la incorruptibilidad, la vida, el honor, la gracia, la gloria, el poder y cualquier otra cosa semejante que estimemos o conjecturemos percibir en Dios mismo o en su imagen que es la naturaleza humana. Séale dada gloria por los siglos de los siglos. Amén.

NOTAS

1. La doctrina de la *metempsícosis*, que también se llama *metensomatosis, palingesia y preexistencialismo*, quiere decir transmigración de las almas de un cuerpo a otro cuerpo. Se funda en la creencia de que el alma no comienza a existir cuando viene a unirse al cuerpo, sino que existe de antemano, ya eternamente, como dice Platón, ya temporalmente, como estimó Orígenes. Según Platón, Filón, Orígenes, los Priscilianistas, Escoto Eigena y los modernos espiritistas, las almas humanas son los mismos ángeles malos que en pena de su pecado son arrojados a los cuerpos de modo que, corrompido uno, pasen sucesivamente a otros y otros mediante otras tantas reencarnaciones. Esta doctrina de la transmigración es muy vieja. La profesaron los Indios, los Chinos, los Persas, los Egipcios, los Germanos, los Celtas, los Druidas y otros pueblos. Se dice que Pitágoras la recibió de los egipcios. De Platón la aprendieron los Maniqueos, Carocratianos, los Priscilianistas, los Origenistas y algunos Padres de la Iglesia, como Nemesio y Juan de Constantinopla. Entre los modernos la sostienen los espiritistas, como Allan-Kardec (Hipólito León Benizard Rivail), Juan Raynaud, Camilo Flammarion, Andrés Pezzani y otros.

Por lo que hace a los cuerpos a los que emigran las almas, los pitagóricos y los platónicos hacen pasar las almas pecadoras de los cuerpos humanos a los de los brutos animales. En cambio, Porfirio, Jámblico y Nemesio la limitan a los cuerpos humanos.

Después de cierto número de reencarnaciones, según los Brahmanes, las almas serán absorbidas en el seno de Brahma; volverán al Nirvana o a la nada, según los budistas. La opinión de Orígenes es parecida a la de los brahmanes: las almas (todas las almas sin distinción) serán restituidas a su pureza primitiva e irán a gozar de Dios eternamente. Esta doctrina es la que se conoce con el nombre de *Apocástasis* o *apocatástasis*, según otros. Parecida a la origenista es la doctrina espiritista.

Como vamos a ver seguidamente, San Gregorio Niseno combate sin cuartel la transmigración de las almas, y la preexistencia. Pero, a estar a lo que dice más adelante, se inclina a la *apocatástasis*.

2. "Formó, pues, el Señor Dios al hombre del lodo de la tierra" (*Gen. II, 7*). La liturgia católica expresa estas ideas del Niseno en la fórmula que emplea al imponer la ceniza el miércoles primero de cuaresma: "Acuérdate, hombre, de que eres polvo y te has de convertir en polvo".

3. Defiende Leibnitz que las almas humanas fueron al principio de los tiempos creadas por Dios y encerradas en unos corpúsculos en el esperma del primer hombre, el cual las transmite de padres a hijos, nietos, etc. (*Teodicea, o Ensayos sobre la bondad de Dios, etc.*, parte 1.^a, núm. 98). Esa parece ser también la doctrina de Platón, renovada luego por Rosmini.

4. Ya hemos dicho que para algunos transmigracionistas las almas humanas son las mismas de los ángeles malos que vagan por las regiones celestiales en castigo de su pecado y luego son arrojadas a encarnarse en los cuerpos para en ellos purificarse.

5. El argumento de Macrinia, en resumen, se funda en lo absurdo de que un lugar estable y permanente, como es el cielo, sea causa del mal. En cambio, la tierra y los cuerpos humanos, dominados por las pasiones, sean aptos para recuperar la virtud y purificarse del mal contraído en el cielo.

6. San Gregorio quiere decir en estos párrafos que es un absurdo y una impiedad pensar en que la pérdida de las alas y la caída de los cielos de las almas pecadoras coincidan con la producción de un nuevo ser (humano, animal o planta) en el cual aquélla ha de infundirse. Es entonces el vicio, y no la providencia de Dios, el que rige el desarrollo y desenvolvimiento de los seres nuevos.

7. ¿Cuál es ese enemigo que nos acecha y vive con nosotros? ¿Se refiere a las pasiones, de que ya hemos hablado? ¿Es el demonio o ángel malo? A los dos puede referirse. Véase *1 Pet.*, V. 8.

8. *Hebr.*, XI, 3.

9. Si pensáramos que todo, por proceder de Dios, fuese por su naturaleza idéntico a él, caeríamos en el Panteísmo.

10. Los orígenes del Dualismo se remontan a Zoroastro (Zarathustra) que floreció en la Bactriana al oriente de Persia. Ahura (el Señor), llamado también Ormudz, es el principio y autor del bien, al cual se opone Ahrimán, principio malo y autor de los males y de las tinieblas. La misma doctrina fue profesada por Mane. Las primeras manifestaciones del gnosticismo dualista en la Cristiandad se deben a Simón Mago, Cerinto, Basílides, Valentín o Valentino, Marción, Carpócrates, los ofitas y los encratitas. En occidente fueron maniqueístas Prisciliano y los Albigenses.

11. "Todas cuantas cosas quiso, ha hecho el Señor, así en el cielo como en la tierra, en el mar y en todos los abismos" (*Ps. CXXXIV*, 6). En efecto, cuando no se cumple la voluntad de Dios, es únicamente porque El mismo ha establecido algunas condiciones que no se han verificado. Véase sobre este asunto Urraburu, *Theodicea* (Compendium), págs. 329-330, Madrid, 1927.

12. Aunque dice que se trata el modo como Dios crió las cosas corporales y espirituales por las muchas dificultades que la cuestión envuelve y por evitar el peligro de caer en el Panteísmo o en el Maniqueísmo, demuestra al menos que no hay ninguna razón que se oponga a la creación por Dios de unas y de otras. Con lo cual se coloca fuera del traduccianismo y del generacionismo, que con el Panteísmo y el Maniqueísmo niegan la creación del alma por Dios.

13. El argumento de Macrinia concluiría contra todos los traduccianistas y generacionistas si todos fueran transmigracionistas. Pero no pocos condenan y abominan de la metempsícosis. Estos defendieron el traduccianismo porque de otra manera no se explicaban la universalidad de la transmisión del pecado original y por ende de la universalidad de la redención.

En efecto, el traduccianismo defiende la transmisión de las almas desde Adán hasta el fin del mundo por medio de la generación paterna al modo como se transmite el cuerpo, a saber por medio del semen. Si el semen es una cosa material, tenemos el verdadero *traduccianismo*. A este grupo pertenecen Tertuliano (*De Anima*, cap. 19), los Apolinaristas y los Luciferianos. Según otros, el

semen es espiritual. A este sistema se da el nombre de *generacionismo*. Lo profesaron abiertamente o al menos con vacilación: San Agustín, San Fulgencio, Rufino de Aquilea, Euquerio de Lión, Casiodoro, Gregorio Magno, Isidoro de Sevilla y Rábano Mauro. ¿Cómo, decían éstos con San Agustín, no dice nada sobre esto la Sagrada Escritura? ¿Cómo en otro caso podría explicarse la propagación del pecado original? La reacción comenzó en la Edad Media con los Escolásticos.

El traduccianismo es herético si va unido a la metempsícosis o si defiende la transmisión material en el sentido en que lo hizo Tertuliano. En cambio, el generacionismo agustiniano, en cuanto defiende la preexistencia de las almas sin ninguna conexión con los dos anteriores sistemas, no puede ser tachado de herejía. Algunos autores modernos han favorecido el traduccianismo, como: Hermes, Oischinger, Frohschammer y Klee. Es también doctrina de Lutero, pero no de todos los protestantes.

La generalidad de los católicos defiende que cada una de las almas es creada por Dios en el mismo instante de unirse al cuerpo respectivo. Es también la doctrina defendida por el Niseno abiertamente en este número. Nos ha extrañado, por lo tanto, que algún autor lo incluya entre los generacionistas.

14. Escolio al margen de Morel y Migne: "De ahí que la privación nunca vuelva al hábito, como la ceguera a la vista. Porque al contrario, el hábito es más antiguo que la privación de él, pero suele la privación cambiarlo".

15. Que la propagación del género humano ha de tener fin alguna vez es admitido por la filosofía y la teología. Nos referimos a los descendientes de Adán y no a otros hombres descendientes de algún otro tronco que fuere creado por Dios. Consta por varios lugares de la Sagrada Escritura: *Mat.*, XXIV, 3; XIII, 40; XXVIII, 20; *Hebr.*, IX, 26, y otros más. Pero, entiéndase bien, no dejarán de existir ni la tierra ni el cielo, sino que únicamente serán transformados. Véase: *Rom.*, VIII, 19; 2 *Pet.*, III, 10; 1 *Cor.*, III, 13; *Ecl.*, III, 14. San Agustín dice que las cosas no serán destruidas, sino que perderán su figura, pero no su naturaleza (*Ciudad de Dios*, X, 14). Puede consultarse acerca de este asunto y del fin del género humano: Palmieri. *De Novissimis*, 33-34.

16. *Ps.* CIII, 29-30.

17. Esta cita, que pertenece al *Ps.* CXVII, 27, no es literal.

18. Como en la nota anterior.

19. Donde no se puede entrar fácilmente. No confundirla con ἀδύτον que significa lo contrario.

20. Aquí Gregorio Niseno, si las palabras son suyas, no interpoladas por pluma ajena, afirma la doctrina origenista de la *apocatástasis*. Los origenistas enseñaron que las penas de los hombres impíos, y hasta de los mismos demonios, tendrían fin alguna vez, pues Dios les concedería tiempo para hacer penitencia. Substancialmente enseñaron lo mismo todos los sistemas de la transmigración de las almas, así como los llamados *misericordiosos* en tiempo de San Agustín. Asegura Palmieri que siguieron la apocatástasis origenista algunos Santos Padres y escritores eclesiásticos de la antigüedad: Gregorio Niseno,

San Jerónimo, el Pseudo Ambrosio, el mismo San Ambrosio y San Gregorio Nacianceno. Entre los modernos pueden citarse los racionalistas, los protestantes liberales, a los cuales podemos agregar, aunque con ciertas modificaciones, Hischer, Schell, según los cuales serán perdonados y llegarán finalmente a ver a Dios, después de la correspondiente penitencia, aquellos que murieron en pecado mortal pero no endurecidos en el mal.

La tesis católica, definida por primera vez en el Concilio Constantinopolitano I, asegura que las penas de los que murieron en pecado mortal serán eternas sin remisión alguna, pues el tiempo de merecer o desmerecer termina con la vida.

¿Qué diremos de nuestro San Gregorio Niseno? Ya en nuestro prólogo hicimos constar con San Germán, Patriarca de Constantinopla, que el Niseno no defendió la doctrina origenista de la apocatástasis. Aunque así no hubiera sido, debemos tener en cuenta con Palmieri que la tesis católica aún no había sido definida por el magisterio eclesiástico y por lo tanto estaba sujeta a discusión.

21. *Philip.*, II, 10-11.

22. Escolio al margen de las ediciones de Morel y Migne: "Dice cuál ha de ser la fiesta de los ángeles y de los hombres de modo que todos unánime y concordemente confiesen a un solo Dios. Luego todos los justos y pecadores concuerrarán y estarán acordes sobre el conocimiento de Dios. Sin embargo, no todos tendrán el mismo estado y condición (porque, ¿dónde estaría la justicia?); sino que aquéllos (los justos) gozarán del reino de los cielos, pero los pecadores serán apartados de él, según la sentencia del Apóstol". Adviértase cómo el amanuense discrepa de la apocatástasis.

23. *Ezq.*, XXXVII, 1 y sqq.

24. *I Cor.*, XV, 12.

25. *Mt.*, XVI, 21; *Lc.*, VII, 11.

26. *Lc.*, VIII, 43; IX, 37.

27. *Lc.*, VIII, 54-55.

28. *Lc.*, VII, 11-17.

29. *Jn.*, XI, 1-46.

30. *Jn.*, XXI y sqq.; íd., 27.

31. Epilepsia,gota coral.

32. Tal vez alusión al aforismo de Heráclito: "Nos bañamos en el mismo río y no nos bañamos en el mismo río; pues en el mismo no nos podemos sumergir dos veces, sino que siempre se separan y reúnen de nuevo sus aguas o, mejor dicho, fluyen y refluyen" (en Schwegler, *Historia de la Filosofía Griega*, pág. 33, Editorial Atlántida, Bs. As., 1945).

33. "Después de la resurrección ni los hombres tomarán mujeres, ni las mujeres tomarán maridos; sino que serán como los ángeles de Dios en el cielo" (*Mt.*, XXII, 30).

34. "Ya no tendrán hambre ni sed, ni descargarán sobre ellos el sol, ni el bochorno" (*Apoc.*, VII, 16).

35. Las dificultades que en su papel opositor presenta San Gregorio Niseno contra el dogma de la resurrección de los cuerpos son bastante conocidas, pues las han esgrimido todos los que se oponen a esa doctrina. Pueden verse con las respuestas correspondientes en cualquier tratado de teología, entre ellos en Santo Tomás, *Summa contra gentiles*, lib. IV, caps. 80 y sqq.

36. "Per peccatum mors" (por el pecado entró la muerte, dice S. Pablo, *Rom.*, V, 12). Luego antes del pecado no había muerte y por lo tanto ninguna de las secuelas de la muerte, como las enfermedades, la necesidad de comer y beber, etc.

37. Entre los muchos lugares alusivos a la necesidad de haber nacido en el mundo para poder resucitar puede citarse el de *Jn.*, XVI, 21. ¿Cómo podríamos resucitar sin haber antes nacido y luego muerto? Hay también una razón de índole teológica. La resurrección de los cuerpos es una gracia de Dios a los descendientes de Adán, a los del linaje de Adán que Cristo redimió con su sangre. Si en el mundo hubiera otros hombres descendientes de otro linaje, esos tales no resucitarían, como tampoco habrían sido favorecidos por la redención.

38. *I Cor.*, II, 9.

39. Nueva profesión de apocatástasis.

40. *I Cor.*, XV, 35-38.

41. *Jn.*, XII, 24.

42. *I Cor.*, XV, 42-44. En este pasaje de San Pablo ven los exégetas y teólogos la expresión de las dotes del cuerpo glorioso, a saber; impasibilidad, claridad, agilidad y sutileza.

43. *Gen.*, I, 11-12.

44. *I Cor.*, XV, 53.

45. *Mt.*, XIII, 24-30.

46. Como esto ha de ocurrir a todos los pecadores, aun a los que pecaron mortalmente, según los partidarios de la apocatástasis, viene a resultar que no se trata aquí sino de un purgatorio temporal.

INDICE

	Págs.
PROLOGO DEL TRADUCTOR	
El hombre y sus escritos	3

PRIMERA PARTE

NATURALEZA Y PROPIEDADES DEL ALMA

Introducción del autor.

1. Ocación de estos diálogos. Desesperación de San Gregorio por la muerte de su hermano San Basilio el Grande, a pesar de los consuelos de su hermana Santa Macrinia	15
2. El dolor y el temor a la muerte es inherente al hombre, y querer cohibirlo es imposible, a pesar del consejo del Apóstol	15
3. Si el alma no subsistiera después de la disolución del cuerpo, la virtud sería una cosa vana y carecería de fundamento	17

EXISTENCIA, NATURALEZA

Y ATRIBUTOS DEL ALMA

1. Planteamiento de la cuestión. Papel opositor de Gregorio y ortodoxo de Macrinia. Protestación de fe de Gregorio. Sea o no distinta de los elementos, objeta Gregorio, el alma se disuelve como aquéllos después de la muerte	21
2. Doctrina de los Estoicos y Epicúreos sobre el origen del mundo y del alma. Refutación de las mismas. Teoría de los mismos acerca del conocimiento ..	22
3. Por medio de las cosas visibles podemos conocer la existencia de Dios y sus divinos atributos. Testimonios de la Sagrada Escritura y de la razón ..	24
4. El hombre es un microcosmo. A semejanza de lo que ocurre con el conocimiento de Dios, por medio del cuerpo podemos conocer lo que en él hay oculto, a saber: el alma humana. Este conocimiento nos dice	

que el alma es incorpórea, se mueve conforme a su naturaleza y muestra sus emociones por medio de los instrumentos corporales	25
5. Definición del alma. Sus funciones vitales y cognoscitivas con respecto a sí misma y a los sentidos. Razones y ejemplos	27
6. Se objeta que hay en los mismos elementos una fuerza intrínseca que explica, sin necesidad de la influencia del alma, los movimientos corporales. Se aduce como ejemplo lo que ocurre en las máquinas parlantes, como la flauta, en las cuales no está presente el alma	29
7. Macrinia vuelve a favor de su tesis la objeción de las máquinas parlantes, que han necesitado la acción de la inteligencia humana para poder imitar a la naturaleza. Definición del arte. Continuidad de la materia	30
8. Hasta aquí, se objeta, sólo se ha estudiado lo que el alma no es, a saber: inmaterial. Es preciso saber lo que es	32
9. Al decir lo que el alma no es, entendemos lo que es. Ejemplos	32
10. Si del alma se substraen las cualidades de la materia, se objeta, el alma no es nada	33
11. Absurdo de la objeción precedente: iría contra la existencia de Dios y sus divinos atributos	34
12. No hay panteísmo en la doctrina ortodoxa acerca del alma. Dios y el alma no son idénticos, sino semejantes. El alma humana está presente en los elementos corporales durante la vida presente y después de la disolución	34
13. No es posible, se objeta, que el alma esté en los elementos, y por lo tanto es mortal	36
14. Por ser inmaterial, el alma ni se divide ni se despedaza y puede estar por lo tanto en los elementos que formaron el cuerpo a que ella estuvo unida. Moraleja	37
15. Las pasiones no son corporales, lo mismo que al alma, objeta Gregorio. Luego, o todas las pasiones son almas, o la que llamamos alma tampoco lo es en realidad	38

16. Las pasiones están en el alma, pero no son el alma, pues el alma es semejante a Dios, y en éste no hay pasiones. Lo propio del hombre es la razón; las pasiones son comunes a los animales. Opiniones de Platón y Epicuro. Doblez del arte dialéctico. Sólo la Sagrada Escritura tiene valor para nosotros	39
17. Pugna entre el alma y las pasiones. Estas últimas no son naturaleza, sino perturbaciones de la naturaleza. Nociones de naturaleza. Pasiones concupiscentes e irascibles	42
18. La facultad de no pensar es el natural al alma y nos asemeja a Dios. Todo lo demás es superpuesto. Clases de seres. Orden en la Creación. El hombre participa de los seres inferiores y se sirve de los sentidos y pasiones. Estas no son por sí buenas ni malas, sino según el uso que de ellas se haga. O somos señores o esclavos de las pasiones	43
19. Testimonios de las Sagradas Escrituras acerca de la doctrina de las pasiones, más eficaces que los precedentes del raciocinio. Explicación simbólica de la parábola del trigo y la cizaña	47
20. Ideas sobre el Orco o infierno de los paganos. Los términos “abajo” y “arriba” son relativos. Lejos de perjudicar, esas creencias favorecen nuestra doctrina	49
21. Explicación simbólica de un pasaje de la Epístola a los Filipenses. Tres estados de seres dotados de inteligencia: ángeles, almas humanas unidas al cuerpo, almas separadas. Los demonios	51
22. No repugna que el alma se una, después de la disolución, a los elementos con que en esta vida estuvo unida. A pesar de haberse disgregado aquéllos, el alma los conocerá. Razón de semejanza tomada del arte de la pintura. Permanecerá unida a ellos hasta la restauración de los cuerpos	52
23. La subsistencia del alma en los elementos dispersos favorece la doctrina de la resurrección de los cuerpos. El alma es guardiana de los elementos propios	54

	Pág.
24. Razón de semejanza tomada del alfarero, en favor del conocimiento de los elementos disueltos por parte del alma	56
25. Explicación simbólica del pasaje evangélico relativo al rico Epulón y al pobre Lázaro, y aplicación del mismo a la doctrina que se viene sustentando ...	56
26. Purificada el alma de los vicios, en la vida bienaventurada no tendrá deseo de lo bueno y de lo honesto, pues lo que se posee no se desea. Será semejante a Dios que es el ser, y por lo tanto, el bien por excelencia. El mal es la privación, el no ser. Conocerá y amará a Dios indefectiblemente, como dice el Apóstol. Definición del amor. Dios castiga para arrancar del mal el alma que es suya. Ejemplo de la purificación de los metales	62
27. El castigo o purificación es proporcional a la cuantía de la deuda, del vicio contraído. Testimonios de los Santos Evangelios. Una vez liberada el alma, Dios será para ella todas las cosas. Testimonios de San Pablo	67
28. Los desesperados se desesperan en vano. Ignoran los planes divinos que consisten en purificar a los hombres con el sufrimiento para unirlos a El mismo	70
29. El amiguito corpóreo del alma se unirá también a ésta para gozar de la bienaventuranza después de la resurrección	71

SEGUNDA PARTE

RESURRECCION DE LOS CUERPOS

1. Transmigración o metempsícosis. Coincidencias y discrepancias con respecto a la doctrina católica. La filosofía pagana no considera inverosímil la doctrina de la resurrección de los cuerpos	79
2. Refutación de la metempsícosis. Los transmigracionistas confunden las naturalezas, a pesar de las diversidades de éstas. Consecuencias absurdas	80

3. Sigue la refutación de la metempsícosis. La ciudad celestial de las almas antes de su reencarnación. Vicios de las almas celestiales. Reencarnaciones sucesivas. Círculos transmigraciones. Absurdos de orden moral. Contradicciones	82
4. Sigue la refutación. Transmigración de o a los cuerpos femeninos. El vicio no puede ser principio de los seres. Exploración de las cópulas carnales. Negación de la Providencia. Consecuencias de orden moral. Naves sin piloto	84
5. Sigue la refutación. El vicio no puede ser más antiguo que la vida. La Sabiduría Divina es causa eficiente de los seres creados. Consecuencias consoladoras y saludables. El alma es libre para inclinarse al bien o al mal	85
6. ¿Cuándo y cómo nacen las almas? Elimina Macrinia la cuestión del “cómo” por considerarla imposible de resolver. Testimonio del Apóstol. Se corre el riesgo de caer en el Panteísmo o en el Maniqueísmo. La del “cuándo” la resuelve más adelante	87
7. Aborda Macrinia la cuestión del “cuándo” nacen las almas: ni antes ni después que el cuerpo en que han de habitar	89
8. El germen corporal contiene virtualmente a todo el cuerpo, que se irá desarrollando paulatinamente gracias a los alimentos. La potencia del alma se irá mostrando al compás de aquel desarrollo	90
9. El género humano ha de estabilizarse alguna vez. Ni serán creadas más almas ni engendrados más cuerpos	91
10. Temores por la vida de Macrinia. Restauración universal. Testimonios del Salmo CIII en favor de la restauración de los cuerpos	92
11. Simbolismo de la Escenopegia mosaica y del Salmo CVII acerca de la resurrección final. La entrada en la bienaventuranza será alguna vez común a todos los resucitados, a todo el género humano. Invoca Macrinia la autoridad de San Pablo	93

12. Un pasaje de Ezequiel. Milagros que acompañarán a la resurrección final. Testimonios de los Santos Evangelios. Jesús confirma con hechos la teoría de la resurrección	95
13. Objección: si en la resurrección no resucitare el mismo cuerpo que murió, sino otro perfecto, no habría resurrección sino creación. Si resucitare el mismo cuerpo enfermo y achacoso, sería un espectáculo lamentable y nada apetecible	97
14. Otra objeción: ¿qué cuerpo será castigado sin faltar a la justicia, si tenemos en cuenta que tanto la virtud como el vicio fueron ejecutados por medio de los órganos corporales en continua evolución y renovación?	99
15. La naturaleza nada hace en vano y no debe, por lo tanto, ser ocioso ningún miembro corporal. ¿Para qué, pues, han de resucitar los miembros vitales, los órganos de los sentidos y los de la conservación de la especie, si en la vida bienaventurada a no existirán los menesteres asignados a aquéllos durante la vida presente?	100
16. Macrinia pondera la dialéctica de su hermano Gregorio. Las objeciones precedentes son cosa baladí y así lo comprobaremos una vez resucitados. Definición de la resurrección de los cuerpos. Confirmación de San Pablo. Allí no habrá enfermedades, ni achaques, ni muerte. Restauración universal. El Purgatorio	101
17. Las dificultades opuestas ya lo fueron a San Pablo, que las refuta en su Epístola primera a los Corintios. El poder divino recoge los elementos dispersos. Para resucitar es preciso nacer y morir. Dones de los cuerpos gloriosos. Otra vez el Purgatorio. Los cuerpos, como tales, de los buenos y de los malos en nada se diferencian entre sí después de la resurrección.	105